

Panteísmo y poesía

Voy a presentar poemas de dos libros y medio porque hay uno que nunca publiqué, hay algún poema de algún libro no publicado. Son dos poemarios, uno se llama *O tempo na auga/El tiempo en el agua*, y el otro, *Labirinto de inverno/Laberinto de invierno*. Escritos ambos en gallego, la lengua romance que me es propia, la más antigua probablemente de las lenguas romances, como ustedes saben muy bien.

Quizá los gallegos somos un poco morriñentos y un poco especiales en estas cosas y probablemente lo somos porque tenemos una naturaleza que nos rodea, que nos devora, somos parte de la naturaleza, cosa que no es normal en otros lugares. La naturaleza rural gallega, sobre todo, es de tal potencia que uno forma parte de ella. Uno abandona una casa quince días para hacer un viaje y cuando vuelve no puede entrar porque las raíces, las ramas y los árboles no se lo permiten. Es decir, esa forma de estar pegado a la tierra es una forma de panteísmo también. Por tanto, la convivencia con la naturaleza es tan intensa que esa forma de nostalgia o de morriña o de *saudade*, como decimos nosotros, en diversos matices, es quizás una forma de panteísmo, una forma de añorar esa forma de estar pegado al mundo natural. Y ese motivo nos une a otro tipo de poéticas de similares características. Por ejemplo, siempre me he sentido muy unido a Hölderlin, al que va dedicado el primer poema que está aquí entre los que voy a leer, que es de *O tempo na auga*.

¿Por qué Hölderlin? Pues porque es un panteísta, porque es un hombre que va comido por el paisaje y por la naturaleza y porque su poesía es eso exactamente. Los que nos metemos de esa forma en la naturaleza, porque hemos nacido dentro de ella, de esa naturaleza, tenemos una idea quizás un poco distinta de todo lo humano e incluso de todo lo trascendente, y descubrir a otros poetas con las mismas sensibilidades es algo muy emocionante. Por eso yo le hice este poema, que es un intento de meterme dentro de la cabeza de Hölderlin. Es decir, sentir lo mismo que él sentía en su habitación, en sus últimos años en Suavia y en ese estado de delirio en el que él vivía en el interior de sus sueños y en el que se sentía casi parte de ese mundo natural, de los dioses que lo conforman, de Dios mismo en su creencia y cómo mezclaba toda su sensibilidad entre la naturaleza, lo trascendente. Bueno, algo de eso nos pasa también a los gallegos. Y en ese libro *O tempo na auga*, ése es el *leitmotiv*, no es por

tanto un libro de expresión en el sentido personal, de expresión personal como lo será *Labirinto de inverno* que es otra cosa. Es un libro normal —diría— de poesía, un libro escrito verso a verso, construído con sensaciones, sin una intención unitaria, aunque lo que le da unidad es la naturaleza. Pero sí, *Labirinto de inverno* sí será un libro unitario por otras razones.

Hay una poesía del sentimiento que tiene música, hay otra poesía de la experiencia, de la experiencia en el sentido metodológico, de la experiencia instrumental que es más fría y es muy importante también, que a mí me gusta mucho todo lo que es vanguardia. Y entre ambos terrenos ando, intento sumar esa sensibilidad. A mí me gusta emocionarme con la poesía y emocionar, aunque eso no es necesario, y le añado una búsqueda también en la que intento romper algunas cosas, sobre todo en *Labirinto de inverno*. Este es un poemario más convencional y por tanto no hay otra historia que la búsqueda de mi sensibilidad dentro de Hölderlin en este poema. Creo que me meto dentro de él. La poesía es también esa forma de locura de entrar en otros lugares y en otros cuerpos.

El poema se llama en gallego *A tardiña na fiestra de Friederich Hölderlin en Suavia / El atardecer en la ventana de Friederich Hölderlin en Suavia* y va introducido por un verso de Pessoa que dice *Os deuses, não os reis, são os tiranos/ Los dioses, no los reyes, son los tiranos* y que pretende describir el estado de ánimo de Hölderlin en sus delirios místicos y poéticos.

ATARDIÑA NA Fiestra DE
FRIEDERICH HÖLDERLIN, EN SUABIA
Os deuses, não os reis, são os tiranos.
(F. Pessoa)

I

Nas ourelas do Néckar
Friederich xoga
cun piano estragado
e unha sombra.
Pretiño del, alleos
monifates do medo.
Agoiro ou mascariña
rola a Forma Bendita
inzada nos cumieiros
do solpor.

¿Ou é astro,
pedra do ceo, caendo
no fondal dos outeiros,
riba do Néckar, onde

Friederich xoga
cun piano esgazado
e unha sombra?

II

Tan galante
nas antergas estancias que ese vento
bate, doces espacios habitados
por ausencias e páxaros senlleiros
que hoxe miran pra ti, e ollan longo,
porque saben de nós, e son raposos,
e son aves e voan e coñecen;
paxaros coma o vento deste Outono
tan teu e tan de todos, axexante
de tanto vagantío, tanta sombra
que a luz convoca nos diváns,
inza e enche de nós, porque son nosas,
sombras que son espello e son materia
do tempo demorado, quedo
e preto, desleixado
en lámpadas e cruces. Tempo
na tarde, ó lonxe, endiañado
e teimudo, cendal que nos dá abrigo
e espranza, tempo meu, cendal
de fío rosa, atal sudario
dun deus absurdo, estético
e absurdo, coma os deuses
que son de certo e paga a pena
servir, os deuses da memoria
cantando a coro o que nos mata,
deuses histriónicos, ollando
riba de nós, falando, poden
facer das sombras música ou baldeiro,
música lene pra este Outono
total, que estrala nos solpores
e ven rubindo pola alma. Mira
onde está o Paradiso, nestas sombras
que no río se eslúen e acrecentan
o poderío xordo desas augas

onde mora algún deus mascariñado
en peixe, pedra ou ponla; deus na tarde
última, rexia nos cumieiros
co fol das Santas Formas pra que a gorxa
sexa porta do ceo, a derradeira
porta do mundo e a primeira porta
do sono, que é silencio a esta hora
senlleira da noitiña, dende a fiestra
na que miro pra o mundo e non é certo
máis que aquilo que queiras:
é certo que estás só, que es home,
que espellas no silencio dos diváns,
nos vidros azogados, que son tempo
tamén, porque das cousas viven
e con elas demoran e esmorecen;
son tempo as xerras chinas, o piano
é tempo, o tempo es ti
mirando, ollando, e fitas
pra o tempo cada vez que atopas
unha cousa ou materia diante os ollos.
As alacenas de pousar son tempo,
de pousar o quinqué que é luz posible
entelequia de vidro que ti podes,
coma un deus no principio, darrle vida,
luz de mentira pra espanta-las sombras,
mais áinda non queres, que a noitiña
pon nos recunchos esa luz tan tenra
e lene, descubrindo
o que unha luz más rexia non sabía,
e o cuarto faise acesa
sombra, que é claridade e mito,
atal o da muller, tan fondo
como queiras chegar nesta tolemia
de soedade e ledicia, silendeiro
señor no mirador, mirando,
que así lle chaman ó acto de beber
sangue dos deuses, entre lusco e fusco,
que é zume de solpor, e fica quedo
nos cristais da tardiña, o mirador

dende o que deus es ti, mirando
lumiares, metáforas de morte.

III

Aquela nube na que a luz navega
de vagar polo ceo,
é o cadaleito das hortensias mortas
no corazón, cando o xardín vivía
nas mans antergas e nos tempos idos;
nesa nube vas ti, de vagariño,
coma un deus que mirara
de más outos Outonos,
onde se garda a iauga, se é preciso.
Aquela nube leva unha chalana
e o mar es ti, que che navega todo
polo maxín, ateigado de fábulas
nesta fiestra de Outono, cando os anxos
acenden nos cumieiros lumiares
pra alumá-los recantos onde a sombra
pousar quixera, se a deixasen.
Batalla que a luz perde, nembargantes,
un día e outro día, tan mortal
coma ti, pro más teimuda,
que é condición da luz non ser vencida
definitivamente.

IV

Saben tanto de nós
os animais nocturnos, agachados
nas meniñas do medo,
saben tanto
de nós, que no silencio
dos ollos e das poutas
hai un grande bourío
que chega dos cumieiros e que rube
silandeiro pra alma, coma un gato
axexante, tigre manso
que é más que un tigre e menos
que o ciclópeo pracer

de estar ollando
pra vós, as longas liñas
das formas contra a luz,
tan claras e difusas,
sfumato do mundo e noite queda
que non é noite aínda.
Quen puidera
mirar sen ser ferido
por análogas sombras, aforcadas
no cumial onde mora
a curuxa, mirona teimosía.

Este segundo poema breve pertenece a un poemario que nunca se publicó. Es un paisaje nocturno de Santiago. Yo estoy muy pegado a Santiago, primero porque yo soy de Santiago, luego porque pasé allí los años de mi vida más intensos, sobre todo políticamente. Hoy decimos políticamente y no sabemos muy bien lo que queremos decir con esto. Para nosotros políticamente era una vida especial, también política, pero estaba compuesta de otras cosas: un desorden, un desorden vital muy fuerte en aquel momento, un descubrimiento especial. Eran los años sesenta, finales.

En Santiago de noche no había gente, había muy pocos turistas, era una ciudad medieval, estaba empezando a salir de la Edad Media, pero aún era una ciudad medieval. Santiago de noche era una maravilla, una maravilla como yo no he visto en el mundo realmente. Era una ciudad de piedra, es una ciudad de piedra, como una escultura. No había coches en el casco antiguo, era como andar por una escultura. Y había algunas plazas maravillosas, en silencio, donde el agua —el agua es el protagonista de mis libros— donde el agua se oía y era una música. Realmente aquello era una música, una sinfonía fantástica. Los caballos de la Plaza de Platerías dejaban caer el agua de su boca a las tres, cuatro, cinco de la madrugada que andábamos nosotros por allí en nuestros primeros desórdenes vitales. Y en medio de, a veces, la lluvia, de la bruma, en aquel silencio de la plaza, delante de la catedral, con la piedra rodeándonos. Aquella era una música que valía la pena escuchar, quedábamos mucho tiempo quietos, sencillamente escuchando. Y estos cinco/seis versos aluden a eso.

(PRAZA DAS PRATERÍAS)

Escoita o son da agua na alta noite.
O silencio da Praza nos cabalos de pedra
que piafan no líquido a impaciencia do medo.
Un Apóstolo dorme no seu oco de prata
e acompasan o soño fervenzas de augatebra.
O silencio se agranda a cada intre.

Con el siguiente poema entro ya en *Labirinto de invierno*. *Labirinto de invierno* es un libro muy peculiar, probablemente mi último libro de poemas. No he vuelto a escribir más que anecdotamente porque quizás lo he dicho todo y me he expresado de todo, y no soy del tipo de poeta que se profesionaliza. En general mi idea de la escritura no es profesional, es una idea expresiva y por lo tanto una vez que me siento liberado se acabó. No tengo otra idea de la literatura que esa.

Y *Labirinto de invierno* por tanto es un libro de doscientas páginas con otros tantos poemas donde está todo lo que yo quiero decir y ya no tengo más que decir, la verdad es que no se me ha ocurrido más que decir porque yo si sé que está todo lo que yo tengo que decir. Por tanto es un libro muy difícil, muy hermético, en un sentido literal yo no lo entiendo tampoco, me he olvidado lo que quise decir aquí. Y sin embargo cuando me pongo a leerlo la música me lleva a ese momento y entonces vuelvo a entenderlo yo también. En esencia es un libro narrativo, dentro de él hay una novela. Es un poco la novela de mi vida, se podría decir, tomada simbólicamente con personajes simbólicos. Sólo yo podría entenderla probablemente. Fue un libro muy angustioso, para mí no fue agradable escribir ese libro. En general para mí no es agradable escribir como para todo este tipo de escritores para los que la literatura es un ejercicio expresivo. Conozco la técnica, soy hijo de un poeta, claro, y un poeta muy formalista como era mi padre. Conozco la técnica, pero no me apasiona el juego poético, el juego formal. Mis motivos no son esos para escribir y este es un libro angustioso que yo viví de una forma enormemente angustiada. De repente uno siente la necesidad de contar su vida a alguien, en la poesía contar su vida es contársela a uno mismo, en realidad contármela a mí mismo, repasar mi vida.

En los tres o cuatro meses, no creo que más, que tardé en escribir ese libro, intensos, intensísimos, molestísimos porque tenía que hacer otras cosas y es como si te posee el diablo y no puedes soltarlo y hasta que me zafé del libro no pude estar tranquilo. Y por tanto es un libro incómodo para mí, angustioso para mí y para el que lo lea dentro de él. Pero concibo la angustia como liberación, entiendo la angustia como liberación. Para mí lo fue. La angustia terrible que pasé con ese libro me sirvió de mucho. Y si no le cuento un poco cómo lo puede leer la encontrará, lo pasará mal también y acabará muy bien porque el libro es ese camino hacia la libertad.

No hay libertad sin angustia, este es un tema clásico del existencialismo, de la filosofía existencialista que me parece un gran hallazgo. Evidentemente *non se pescan troitas a bragas enxuntas* que dicen en mi pueblo o en castellano *hay que mojarse el culo* para pescar, para alcanzar un cierto grado de libertad y hay que pasar por este trance. Yo describo ese trance, es mi infancia vista, y mi adolescencia y mi juventud primera vista desde mis treinta y tantos o cuarenta años que tendría cuando —ya no sé ni contar ni me importan los años— cuando lo escribí. Entonces la perspectiva es única, es una persona que escribe un día desde sus cuarenta y algo de años y está recreando la infancia, la adolescencia, desde una narración adulta ya. Y yo le doy la forma de esa novela, de esas angustias.

Está la aldea. Yo he vivido en la aldea de pequeño, sólo, con mi abuela una temporada. Aquello es inolvidable para mí, la aldea es algo —la aldea de verdad— la aldea en invierno, la aldea cuando se queda aislada, la aldea para un niño con su abuela. Entonces aquello fue fascinante para mí, nunca lo olvidaré, es una sensación fortísima que yo intento describir en el libro.

En general, lo que trasluce el libro es el invierno en la aldea y mi sentimiento de soledad con mi abuela y todo lo que rodeaba aquel instante vital mío. Tenía cinco años, me acuerdo como si fuera hoy, de momentos tremendos que trato de expresar en el libro.

Después mi juventud se desarrolla en Santiago y soy un protagonista de la insurrección del 68. Santiago es el primer sitio que, en el 68, se organizó contra el régimen en aquel momento. Nos encerramos tres días, era toda la universidad. Era un combate muy interesante porque éramos todos, no éramos minorías.

Bueno, era una ciudad en la que se producen estos acontecimientos, de piedra, una ciudad mojada, una ciudad húmeda, difícil. Santiago es una ciudad muy difícil para vivir. Estas ciudades húmedas son hermosas, invernales, difíciles y a mí aún hoy me produce angustia regresar allí. Aquella juventud mía está también matizada por la música del agua queuento en el libro, es también esta segunda parte de mi vida, todo desde una perspectiva actual. Por ejemplo este poema se llama *Un sólo punto de luz que cruzase en lo oscuro»/ «Un só punto de luz que cruzase no escuro*. Uno escribe, luego sabe lo que escribe cuando lo vuelve a leer, en el momento no mucho, sobre todo en un libro de estos que es pura expresión. Bueno, hay una metáfora que es un avión sin piloto, es una imagen de la angustia.

un só punto de luz que cruzase no escuro
da bóveda apagada
unha lonxana estrela ou incógnito paxaro,
un avión vacío na alta noite
navegando na tebra
coma un home no inverno,
un avión vacío co piloto aforcado,
unha aeronave cega na alta noite do medo,
un foco de luz fría, un lume
aboando nas sombras, luz amante

un só punto de luz
para seguir mirando

El poema siguiente es un poema civil, como se diría entonces, es una narración de la vida de los estudiantes más o menos revolucionarios, como aún decíamos sin que se nos cayera la cara de vergüenza. Por lo tanto es un poema —el libro no es un libro alegre— melancólico porque yo

tengo una añoranza muy fuerte de esto y después porque eran tiempos bastante tristes, sobre todo por lo que mirábamos en los demás, en los adultos, en algunos adultos.

Santiago, la lluvia, la noche, el fondo de este poema que se llama en castellano *Había una lluvia en las conversaciones / Había unha chuvia nas conversas* y que va introducido por este poema de Méndez Ferrín que dice

«En Compostela está o que perdemos
e vai nacendo en outros i esto é o gran milagre»

(X.L. Méndez Ferrín)

había unha chuvia nas conversas
que as facía más nosas
e pequenas
esas palabras íntimas
para enche-lo silencio
dos tellados que verquían a auga
como único son
da cidade calada

e a xenebra apretádonos
na calor dos seus beizos de ximbro

viñan da rúa os pasos
dos raros paseantes
que entón habitaban Compostela
co seu paraugas e o seu mofo
de auga interminable

non está claro
que a revolución non fora unha escusa
para pasa-lo inverno
ou quizais era certo e cambiámo-lo mundo
coa teimuda paixón da nosa fe
útil e franca

isto último é o más reconfortante
e quizais é o más certo

¿Quen se atreve a negalo?

O inverno na cidade
tiña unha mestura de agoiros imprecisos

sobre o destino humano
e unha depresión recorrente
vencellada ó destino particular de cada un
no vello e estúpido réxime
que alongaba a agonía das almas
cunha estrica pobreza de espírito

heroicos e tenros so a chuvia incesante
puñan nas longas horas da tardiña
os discos de Brel, Os Beatles e Leo Ferré,
alongando a conversa ata a amañecida
entre a peste a tabaco e o petar da xenebra no rinecéfalo
ou cerebro primitivo
instanciña neural que lles lembraba
a súa condición reproductiva
e os empuxaba a facer movementos arredor da vítima
que case nunca aceptaba un amor así
tan rápido e informal
anque as cousas melloraron axiña neste punto

era todo sombrío
agás a fe

a torre do reloxio
mandaba as badaladas
polo aire mollado
dunha chuvia teimosa
que procuraba o pescozo dos homes
e as pernas espidas das mulleres

polas rúas pasaban
cregos emparaugados con sotana e tella
que miraban para o ceo e para nós
como se fóramos o inconfundible sinal
do fin do mundo

a treboadas
deixábanos sen luz nas casas e nas rúas
e un sonsono crecente dentro dos soportais
era o único berro
contra a improvisación
e a chapuza

eran cousa dun tempo máis ben sucio
que tamén tiña o seu así romántico
a invernía xuntábanos a todos
nun café variable
e cando viña a noite
e a chuvia metíase nos pés como unha cobra
quentábamo-lo viño, botábamoslle azucré
e metíamonos na cas disponible
para esquece-la existencia do mundo
nada foi en van
anoitecía polas rúas de pedra
cando os máis vellos contaban historias
á marxe da batalla
nun mundo noso de recunchos vixiados
pola policía secreta
pescudando o sinal para dar un castigo
que salvase de nós á xente de orde
os maiores
escépticos e cautos nas súas estratexias
debatían as cousas pola Ferradura
e paraban mil veces antes de completa-la volta
agoireiros dun tempo
que moitos xa non viron
e a outros viráelles a medias
tan murcho coma eles
comestos pola chuvia dos invernios da infamia
eran tempos escuros

El siguiente poema se llama *Ariadna me lleve*. Ariadna, el personaje mitológico, tiene un cierto protagonismo.

Cuando en la ciudad se hacía de noche y la gente se acostaba, seguía lloviendo probablemente, la tierra de un maravilloso parque que hay en Santiago —se llama a Ferradura— ollía fuertemente a la lluvia, a la tierra mojada. Era algo especial pasear por ese parque de noche, son un kilómetro o dos, así de vuelta. Fantástico. Cuando todo el mundo había desaparecido íbamos nosotros, los jóvenes, los escasos jóvenes nocturnos de aquella época. Y también eran sensaciones especiales, era un parque lleno de maravillas amorosas. Claro, en aquellos tiempos los parques tenían un protagonismo central. Por tanto juego con una imagen que es muy esteticis-

ta, que es un paraguas rojo, debajo se están besando, al fondo está la Herradura, está el verde, la bruma, la lluvia. Son muchas las parejas que entonces, en aquellos rincones, ejecutaban sus rutinas. Luego había que volver a casa.

Bueno, volvíamos a casa y entonces la lluvia seguía, caía sobre el tejado. Mi habitación daba sobre un tejado, un tejadillo y entonces era la música de la lluvia en el tejado a la vuelta a casa después de esta experiencia. En realidad éramos un poco anómalos porque teníamos esa furia del combate y esa furia está aquí, mientras miramos aquella ciudad tan maravillosa. De todas formas nuestras energías iban entonces hacia otros lugares.

Ariadna me leve
ós xardíns arrasados pola chuvia
A Ferradura vive
dos beizos dos amantes
so o paraugas vermello
daremos unha volta polo frío
agora que é de noite e os habitantes dormen
nos leitos invernais cun caneco no sexo
é a hora de ningúen nas avenidas de auga
ulindo a terra húmida
un fato de rebeldes ocupa os miradores
da cidade do Apóstolo, mirando
o prodixio da arte no traballo da pedra
amando esta cidade que van a destruir
coa ira que lles cabe nos seus petos de pólvora
mollada pola chuvia
Ariadna nos leve co seu fío
de volta para a casa polo brillo das laxes
e unha auga nos bata nos tellados
coa música das pingas contra a arxila
pasenío na noite, para mellor durmir.

El siguiente poema también es un poema santiagués pero más simbólico. Uno de los espectáculos escasos que había entonces en las ciudades eran los Juegos Florales o Minervales. Había una docena o dos de poetas que ganaban siempre aquellos Juegos Minervales y en todo el país. Pero era un acontecimiento social, iban de chaqué, se veían pasar poetas y público de chaqué en medio de la lluvia, corriendo hacia el Hostal de los Reyes Católicos, en donde se realizaban los juegos. Era, es un lugar—unas columnas neogóticas—muy bonito dentro de lo que es un edificio renacentista. Y aquello era en primavera, claro, pero en invierno yo me imaginaba, dentro de los viajes que hice por mis inviernos, unos Juegos Florales de invierno, no hay flores,

están marchitas, los poetas están acatarrados y es todo un poco distinto. Me parece que eran el tipo de Juegos Florales que a mi estado de ánimo le iban en ese momento. Y al fondo sonaba ya *Yesterday*.

imos perdendo o humor, amor
o chaqué que deixamos no baúl
para os xogos florais das sombras húmidas
a raíña cun ramo de flores podrecidas
o poeta bronquítico amosando o seu sexo
nunha sala vacía. Unha música ecoa
na columnata gótica de flores murchas
madurecen os acios nos lonxanos outonos
o mantedor procaz do salmo obsceno
dicindo palabrotas á pálida raíña
o coro dos invernos cos poetas malditos
cantando *Yesterday* con paxarela
un soneto sombrío enche a sala vacía.

Y voy a terminar con un poema que no es de *Labirinto de inverno*. Es uno de los tres o cuatro poemillas que escribí desde que acabé aquel libro y es algo así como un poema metafísico, no sé si ese sería el adjetivo. Se llama *Si el viento nos llevase*, como siempre es el primer verso el que da título al poema.

Se o vento nos levase
nas vereas do aire, ata a cerne das trabes cristalinas
que sosteñen o mundo, neses eidos incógnitos
que agardan a quen chegue cunha copa de prata
co sangue dos arcanhos, alá polas derrotas
dunha nao invisible, cabo do paraíso.

Se o vento nos voase
ó lugar do silencio
a escoitar a fervenza do mar das ondas mudas
e o paxaro sen gorxa o ceo sen ventadas. E se todo
ficase por un intre no silencio sen lindes
dun espacio detido, a soedade
sería unha palabra ben carnal: a flor do intre
abalando no aire, alén do tempo.

Fermín BOUZA